

rahmane idrissa

EL SAHEL: UN MAPA COGNITIVO

Una característica de la «guerra contra el terror» librada por Occidente, que parece surgir de una fábula en vez de la realidad, es su incapacidad para ver al enemigo. De hecho, se trata de una incapacidad para *definir* al enemigo. En el Sahel, el Estado francés se ha decantado por los «terroristas islámicos», una secuencia de adjetivos que designa a unos elusivos sujetos que surgen de horizontes de pura violencia. Esta incapacidad se ve agravada por el hecho de que debe identificarse a los terroristas en unos terrenos incognoscibles para Occidente, porque desde hace mucho tiempo los ha considerado –y sigue haciéndolo– fuera de la historia: Afganistán, un reducto contra los imperios que hacen la historia; el Sahel, una tierra en algún lugar del continente que Hegel desterró de la historia.

El nombre de «Sahel» remite a la naturaleza más que a la historia. Si el capitalismo es la fuerza impulsora de la historia moderna, los estudiosos del Sahel habitualmente lo describen como un lugar donde el capitalismo se encuentra con su némesis: una intratable inclemencia natural y el peso de una cultura tan inmóvil que es indiferenciable de la naturaleza y no parece dispuesta a desvanecerse en el aire. El Sahel traumatizó a Finn Fuglestad, un historiador noruego que llegó a Níger a finales de la década de 1960 para escribir la historia de un nuevo Estado nación africano para su tesis doctoral y salió de allí convencido de que los africanos nunca podrán ser parte de la narrativa moderna del progreso vía la *Wille zur Macht* [voluntad de poder] sobre la naturaleza y la materia. Durante esos años fue cuando la naturaleza terrible del Sahel llegó a las audiencias burguesas de Occidente. A principios de la década de 1970 estalló

una de las mortales sequías cíclicas de la región en un momento en que los medios de comunicación estaban empezando a tener acceso a los desastres del Tercer Mundo, y así fue como el Sahel entró en la cháchara occidental como sinónimo de sequía, hambre, extrema pobreza y también –la contradicción no sorprende– rápido crecimiento demográfico. Dado que desde un punto de vista burgués occidental no hay ninguna racionalidad en tener tantos hijos en unas circunstancias tan pauperizadas, la demografía del Sahel debe ser una fuerza de la naturaleza tan ciega e inexorable como lo es la sequía de la región. Bernard Lugan, un historiador de extrema derecha, que es el intérprete de la realidad africana elegido por el Ejército francés, la llama «suicida»¹.

¿Amenaza para Occidente?

Antes de que apareciera el salafismo insurgente, lo que angustiaba a Occidente en relación con el Sahel era la demografía. En una conferencia de prensa celebrada en el Elíseo en 2004, Chirac transmitía pensativamente sus impresiones personales sobre un viaje a Malí y Níger realizado el año anterior:

Los recuerdos clave que conservo son las tradiciones de hospitalidad que han preservado los africanos y que comprobé en el desplazamiento desde el aeropuerto al centro de la ciudad. Había una inmensa multitud de jóvenes, yo diría de entre cinco y quince años, que eran apuestos y estaban contentos porque algo estaba sucediendo, así que cantaban o bailaban, con unos cálidos ojos claros. Y yo pensaba, en pocos años habrá mil millones de personas en África, 800 millones de jóvenes [...]. Esto es una bomba de relojería².

Esta respuesta a la visión de multitudes de niños y jóvenes en las calles castigadas por el sol de las ciudades del Sahel es común entre los visitantes occidentales, siendo la metáfora de la bomba de relojería *de rigueur* para los comentaristas. Pero en 2012, con el estallido de la guerra en Malí, la amenaza convencional de la bomba demográfica se convirtió en una amenaza existencial –para el Occidente liberal– cuando se combinó con la aparición del salafismo violento. En 2015, Serge Michailof, una destacada voz en el mundo de la ayuda al desarrollo, publicó un libro amenazadoramente titulado *Africanistan: Development or Jihad*. El subtítulo francés original –*L’Afrique en crise va-t-elle se retrouver dans nos*

¹ Bernard Lugan, «Editorial», *L’Afrique réelle*, núm. 141, septiembre de 2021, p. 1.

² Élysée, «Point de presse conjoint de M. Jacques Chirac, Président de la République, et de M. Mamadou Tandja, Président du Niger, etcétera», abril de 2004.

banlieues?»– señalaba otra amenaza: la masiva migración a Francia y Europa una vez que la bomba demográfica explote en una o dos décadas.

El Sahel de Michailof y de otros expertos occidentales epitomiza el triplete de una vitalidad demográfica extraña, el fanatismo islámico y la migración producto de la pobreza, que es el nuevo fantasma que acecha a Occidente. Un informe del Tony Blair Institute for Global Change subrayaba que «el Sahel tiene capacidad para ser una enorme fuerza perturbadora para el resto del mundo»³. Sus propias miserias aparentemente hacen que la región sea para Occidente una amenaza estratégica de proporciones similares a las de China o Rusia, sobre todo para Europa⁴. A diferencia de otras partes de África que han estado durante mucho tiempo sumidas en inmensas tragedias –viene a la cabeza la República Democrática del Congo–, el Sahel exige una intervención urgente debido a su impacto potencial sobre los centros metropolitanos.

El Acto Primero de estas intervenciones fue la Operación Serval, una expedición militar francesa de emergencia que puso fin al avance yihadista en la región central de Malí durante los primeros meses de 2013⁵. Cuando los yihadistas se dispersaron y reorganizaron después

³Tony Blair Institute for Global Change, «The Sahel: A Ticking Time Bomb», 2017.

⁴El Sahel se extiende desde Senegal a Sudán e incluye a Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger, el norte de Nigeria y Chad, pero la atención internacional recae en sus regiones centrales, especialmente en la llamada «región de las tres fronteras» situada entre Malí, Burkina Faso y Níger y en el área del Lago Chad, donde actúa el grupo yihadista popularmente conocido como «Boko Haram». Este artículo se centra en esta región trifronteriza.

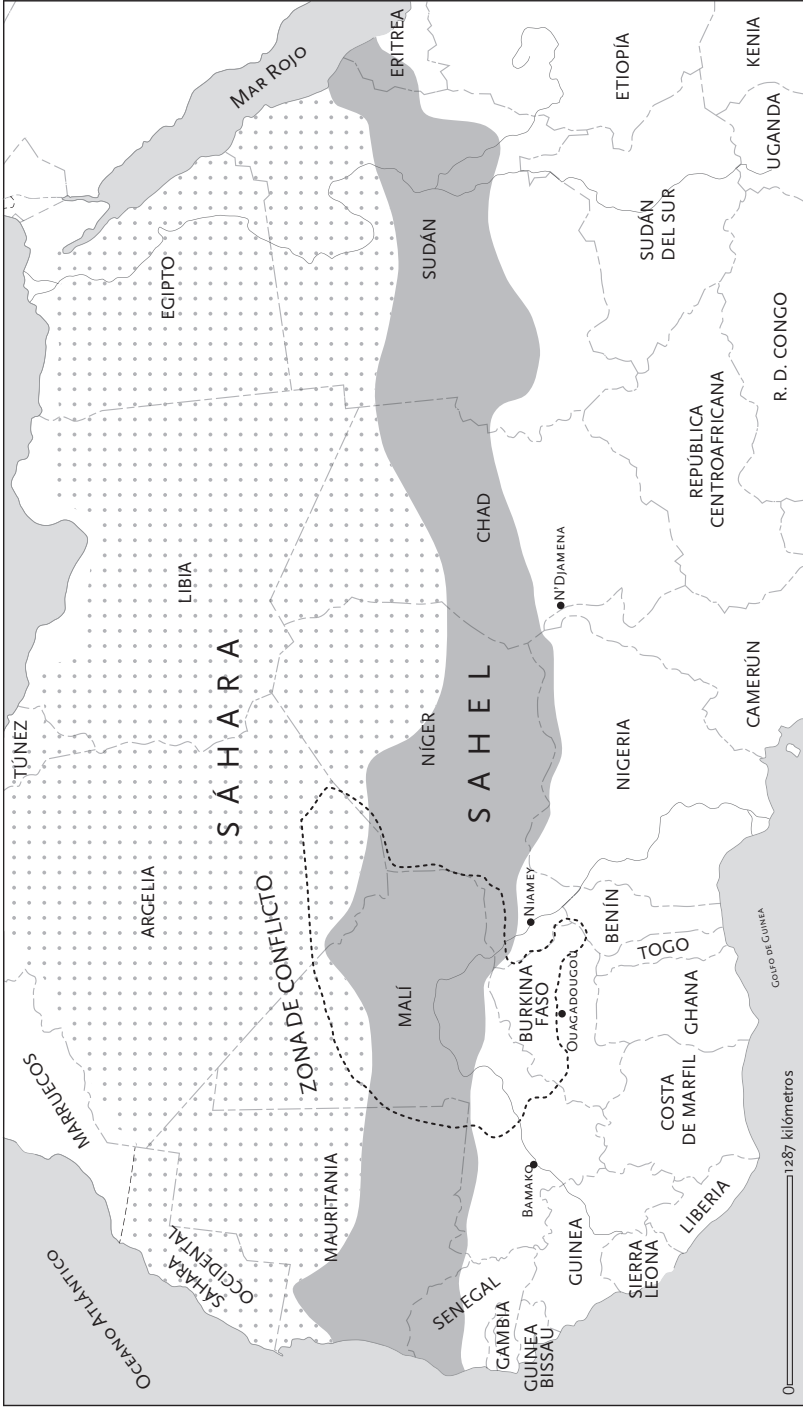
⁵Debe indicarse que la Operación Serval surgió en el contexto de múltiples intervenciones militares internacionales de diferente naturaleza efectuadas en la región, incluyendo una fuerza de la ecowas (Comunidad Económica de Estados de África Occidental) denominada AFISMA (Misión de Apoyo Internacional a Malí dirigida por África), autorizada por la onu y encabezada por Nigeria y Chad en enero de 2013; una intervención más amplia de la onu, la minusma (Misión Integrada de Estabilización de Naciones Unidas en Malí), con base en Bamako (Malí), que reemplazó a la anterior en abril de 2013 y que en estos momentos cuenta con más de doce mil soldados desplegados en la región, y cuyo objetivo es apoyar los esfuerzos del Estado maliense para recuperar las provincias prácticamente perdidas del norte del país y posteriormente también las de la región central. Mientras tanto, la Unión Europea ha centrado sus energías en adiestrar mediante la eucap (Misión de Capacitación de la ue) a las fuerzas de seguridad malienses y nigerinas para bloquear la migración informal y las redes de contrabando. También dirige la eutm Malí (Misión de Entrenamiento de la ue en Malí), una misión de formación más reciente desplegada sobre el terreno (2020) e impulsada por una coalición de veintidós Estados europeos, que pretende desarrollar la capacidad de respuesta antiterrorista de Malí especialmente a través de la creación de la fuerza especial Takuba.

de la Operación, la expedición francesa se convirtió en una intervención mucho mayor denominada Operación Barkhane. Como anunciaba Hollande en julio de 2014 desde la enorme base militar internacional de Niamey en Níger, los objetivos de la operación eran bloquear o eliminar los «refugios seguros» de los terroristas presentes en la región y apoyar los esfuerzos antiterroristas de las fuerzas armadas locales. La fuerza inicial de tres mil soldados franceses aumentó rápidamente hasta más de cinco mil, acompañados de doscientos vehículos blindados, aviones de combate Mirage, helicópteros y aviones de transporte, desplegados a lo largo de un cinturón de mil seiscientos kilómetros salpicado con bases en N'Djamena (Chad), otra con capacidad para mil soldados en Gao (Mali) y fuerzas especiales en Ouagadougou (Burkina Faso). Se establecieron bases temporales según las necesidades entre Tessalit y Tombuctú (Mali), además de un servicio continuo de «información, vigilancia y reconocimiento», contándose desde 2018 con una fuerza de drones armados dirigidos por los estadounidenses con base en Niamey. Este fue el Acto Segundo.

Hasta la fecha, sin embargo, el resultado ha sido el aumento de la violencia, que ha provocado el desplazamiento de más de dos millones de personas en la región, decenas de miles de muertos, choques étnicos, protestas populares e inestabilidad política. Los convoyes franceses que se aventuran fuera de sus bases se encuentran con trampas mortales en forma de artefactos explosivos improvisados y ataques suicidas; al menos cincuenta y cinco soldados han muerto, trece como consecuencia del choque de dos helicópteros que trataban de escapar del fuego de armas ligeras. Se afirma que los ataques de drones y de la aviación sobre los presuntos terroristas han producido bajas entre la población civil, con acusaciones de que los aviones Mirage han llegado al extremo de bombardear la fiesta de una boda, hechos que recuerdan a Afganistán⁶. (Macron, con la mirada puesta en las elecciones presidenciales de abril de 2022, ha anunciado que la Operación Barkhane finalizará en el primer trimestre de este año. Queda por ver si ello será simplemente otro reajuste, complementado por el abandono cosmético de un nombre que ha quedado desfasado).

⁶ Véase minusma, «Rapport sur l'incident de Bounty du 3 janvier 2021», marzo de 2021. Véase también, Emmanuel Freudenthal *et al.*, «Uncovering the civilian toll of France's antijihadist war in Mali», *The New Humanitarian*, 16 de junio de 2021.

Mapa del Sahara-Sahel, mostrando la «zona de conflicto»



En medio de todo esto, el Acto Tercero consistió en el despliegue de ayuda al desarrollo de origen multinacional (mayormente europea), inaugurada en julio de 2017 por Macron bajo el nombre de Alianza del Sahel. Se trata de un variado conjunto de soluciones europeas para la región, que pretende tener en cuenta la repetida advertencia de que la acción militar por sí sola no puede arreglar las cosas. Incidentalmente, Michailof, que ha defendido semejante aumento de la ayuda y lo ha considerado adecuado para un estímulo global de la zona, está descontento con la «metodología», porque considera que no tiene suficientemente en cuenta el conocimiento y la iniciativa de los expertos locales de la región⁷. Pero ello es una consecuencia inevitable de la visión del Sahel como un atolladero sin historia, una visión que él, como muchos otros, suscribe.

Las publicaciones de los expertos occidentales sobre el Sahel muestran que la región tiene todas las plagas de Egipto, pero estos no han hecho prácticamente nada para explicar sus causas. En términos médicos, podría decirse que la etiología queda marginada en favor de la sintomatología, aunque sea involuntariamente. La ingenuidad no es deliberada. En un sistema-mundo maduro, si bien en declive, la periferia es por definición inferior e impotente y cómo ha llegado a serlo no tiene mucha importancia para aquellos que piensan dentro de los parámetros del sistema. En el mundo que creó Occidente, el Sahel es una periferia extrema, cuyo mismo nombre está dirigido a reificarlo como una embrutecedora tierra remota donde solo suceden cosas nefastas, un poco como Siberia o las zonas *Hic sunt leones* de la cartografía medieval. Pero esta encarnación es moderna, resultado de un proceso de periferialización acaecido durante el siglo xx, que al menos debemos explorar si queremos entender lo fundamental que está sucediendo en este rincón de África Occidental. Comencemos, pues, antes de que el Sahel fuera soñado.

1. los confines del islam

La primera etnografía occidental de la región, *Relation de la Nigritie* (1689), fue escrita cuando la mirada antropológica estaba en su infancia o quizá todavía no había nacido. Para el observador europeo, el sacerdote

⁷ En 2018 Michailof reunió un equipo de expertos sobre el Sahel en la Fondation pour les Études et Recherches sur le Développement International (ferdi), un *think tank* con sede en Clermont-Ferrand del que es investigador principal. Dirigido por el antiguo primer ministro de Burkina Faso, Tertius Zongo, el equipo es ahora un estrecho colaborador de la Alianza del Sahel.

francés Jean-Baptiste Gaby, las gentes observadas en el Valle del Senegal, cerca de Saint-Louis, no eran más exóticas que una población europea. Fue él quien se sintió exótico. A pesar de la presencia del nombre «Nigritia» en el título del libro, la palabra «negro» solo aparece dos veces en la obra y el color «negro» nunca se aplica directamente a la gente, aunque Gaby señala que sus habitantes llamaban a los franceses «blancos». A menudo quedó admirado. Pensó que el servicio postal real, que combinaba los rápidos ecos de los tambores con los jinetes para confirmar los mensajes, era mucho más eficiente que el europeo y el turco: «Todo un reino podía ser movilizado en una sola noche»⁸. Quedó sorprendido por la política «nigritia» de lo que los franceses llamarían más tarde *laïcité* o secularismo de Estado. Resulta interesante señalar que Gaby no hace ningún comentario negativo sobre ella, lo que en un libro dedicado a un rey (Luis xiv), que había eliminado sin misericordia la herejía protestante de sus reinos, parece una manera de aprobarla.

Nigritia era una traducción del término árabe *Bilad as-Sudan*, literalmente «país de los negros». En la geografía árabe, el «Sudán» remitía a la gente y a la cultura, y se refería a los habitantes de la amplia franja del continente que se extendía desde Senegal al Mar Rojo, al norte de los bosques tropicales (el Estado nación que actualmente lleva el nombre de Sudán no es más que una parte de ella). «Sahel», del árabe *al-sahil*, significa costa, playa, entrada; se refiere a un entorno físico y a una función. Aparecía en los mapas árabes siempre que la situación lo exigía (por ejemplo, en lo que redundantemente se llama en inglés la «costa swahili», la costa del pueblo costero). De ese modo, el Sahel era la estrecha franja de estepa árida situada inmediatamente al sur del Sahara, donde las caravanas árabes que cruzaban el «mar» del desierto desde el norte «atracaban» en «puertos» como Tombuctú y Biru (la actual Oualata). Más allá se encontraba la *terra firma* del Sudán occidental –las tierras de sabana cruzadas por el gran bucle del río Níger– y sus riquezas: el oro y los pueblos que podían ser esclavizados, por que habían nacido fuera de Dar al-Islam.

⁸Jean-Baptiste Gaby, *Relation de la Nigritie*, París, 1689, p. 54.

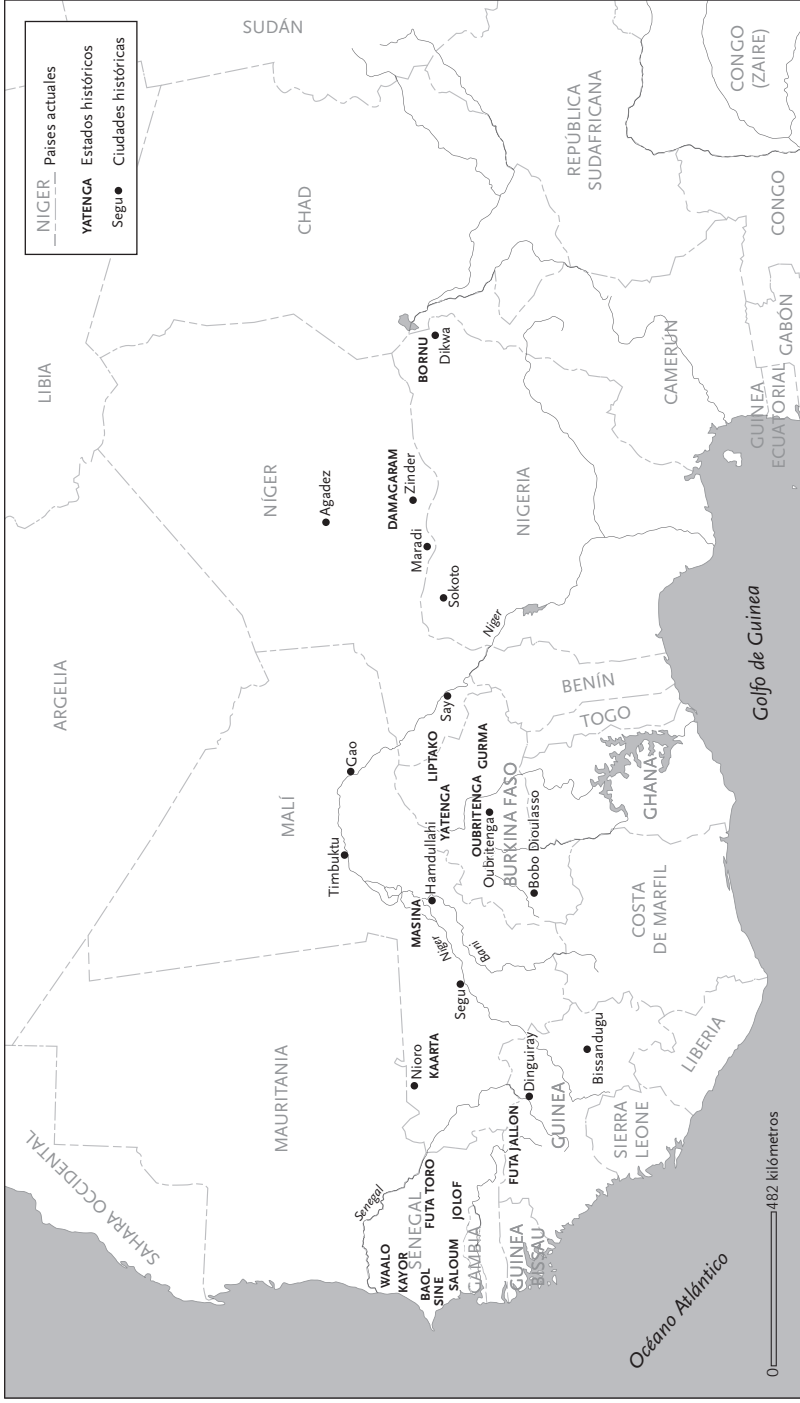
El islam estaba presente en la región pero como un invitado, no como un amo, y si en algunos lugares figuras gobernantes se adhirieron a él, ellas estaban obligadas a complacer a los credos locales. Askia Daoud i, un emperador *songhay* del siglo xvi, muy representativo de una dinastía que llegó al poder por medio del primer golpe de Estado islámico en África Occidental, se ruborizaba al disculparse con los visitantes árabes por el «bárbaro» protocolo de la corte al que tenía que someterse en su palacio, como prescribía la religión *songhay*⁹. El rey era una figura divina y los visitantes del norte quedaban desconcertados cuando los dignatarios se postraban delante de él cubriendo su espalda con polvo, mientras otros se apresuraban a presentar la manga de su vestido cuando el monarca iba a escupir. (Sonni Ali, la gran figura de la dinastía anterior y fundador del imperio, se denominaba a sí mismo Dali, el Altísimo, una nomenclatura que los musulmanes reservan para Dios).

Las estructuras sociales del Sudán occidental –grupos con estatus similares a las castas unidos por la costumbre y la herencia y respaldados por firmes fundamentos religiosos– constituyeron hasta el siglo xx un sólido obstáculo para la islamización de las masas. Todo el mundo nacía dentro de una de las tres clases, los hombres libres, los herreros o los esclavos; una agrupación dividida por contradicciones, algunas de ellas clamorosas, y que dependía de creencias rituales y poderosas tradiciones que la mantenían en pie. Por ejemplo, la clase de los hombres libres estaba dividida en aristócratas y ciudadanos, cuyos intereses eran a menudo divergentes, pero que se hallaban unidos por el clientelismo y la amenaza de que los primeros recurrieran a la violencia. Las contradicciones eran especialmente agudas en las sociedades nómadas. Entre los tuareg –nómadas bereberes en parte constituidos por influencias sudánicas–, la aristocracia *imajeghen* tenía por vasallos a los plebeyos *imrad*, un detalle que, como veremos, tiene bastante importancia en los conflictos actuales.

La subestructura religiosa sudánica no rechazaba el islam por completo, como hacía el cristianismo por ejemplo. Lo filtraba y lo digería importando a sus panteones sus figuras sagradas y malvadas, de una manera similar a cómo trataban las religiones del Mediterráneo antiguo a los dioses de las demás en los días de Zeus, Júpiter y Osiris. Pero si el islam no convirtió a

⁹ Lanciné Kaba, «The Pen, the Sword and the Crown: Islam and Revolution in Songhay Reconsidered, 1464-1493», *Journal of African History*, vol. 25, núm. 3, 1984, p. 242.

El antiguo regimen en la región sudánica



Fuente: Rahmane Idrissa, *The Politics of Islam in the Sahel*, Abingdon, 2017.

sociedades enteras en la región del Sudán occidental, a menudo produjo un estatus de grupo o de comunidad islámica dentro de una sociedad concreta. Los tuareg llamaban a ese subgrupo simplemente *ineslemen*, «los musulmanes». Entre los *fulani*, otra sociedad nómada, los aristócratas *ardo'en*, sorprendidos o divertidos por una religión que elogiaba la mendicidad, los llamaban *torobé*, los «buscadores de almas».

Forasteros y morabitos

El resultado fue que el sistema sudánico fue un centro en sí mismo, por lo menos hasta la época en que Gaby escribió sobre él a finales del siglo xvii. En ese momento aparecieron dos factores, de diferente tipo pero igualmente poderosos, que presagiaban el cambio: el capitalismo mercantil occidental y el radicalismo islámico. En la década de 1670, aproximadamente diez años antes de la visita de Gaby, el Valle del Senegal fue el teatro de la guerra que enfrentó a la clase dirigente –armada por la Compañía del Senegal, una empresa francesa que detentaba el puesto comercial de Saint-Louis– con los morabitas, clérigos musulmanes rebeldes que habían movilizado a la clase de los ciudadanos con un fervoroso llamamiento para acabar con el comercio atlántico de esclavos. El campo esclavista obtuvo la victoria, pero el movimiento morabita sembró las semillas de la *jihad fi sabil Allah* («lucha por la causa de dios») ¹⁰.

La Guerra de los Morabitas, como se la llamó, fue un punto de inflexión. El nombre procede de *mirabitun*, una palabra árabe que designa a clérigos guerreros y ermitaños militantes, que guardaban las fortalezas fronterizas de Dar al-Islam. Si su uso en francés (e inglés) equipara un morabita con un párroco –como hizo Antoine Furetière en su diccionario universal ya en 1690– su *ethos* original era en realidad el de un caballero templario. En el Valle del Senegal los morabitas en guerra se consideraban a sí mismos como los paladines del islam, en un país donde la religión era débil y los musulmanes podían ser aleatoriamente esclavizados y vendidos a los cristianos. Pero ellos también movilizaban a gentes de la clase de los ciudadanos entre los *wolof* y los *tukulor* –una rama local de los *fulani*– fueran musulmanes o no. El radicalismo de su

¹⁰ Esta yihad militar –opuesta a la lucha personal para ser un buen musulmán, la gran yihad– tomó forma en la historia del islam como una respuesta defensiva contra las Cruzadas, a las que copiaron en muchos aspectos especialmente cuando pasó a la ofensiva. Véase Anne-Marie Eddé, *Saladin*, Cambridge (ma), 2008, así como «Le Jihad en Orient à l'époque des croisades: guerre sainte ou idéologie politique?», en Jean Baechler (ed.), *Guerre et religion*, París, 2016.

movimiento era tanto social como religioso. Una vez que el movimiento fracasó, también lo hizo su mensaje religioso entre los *wolof*, el cual, sin embargo, prendió, por razones de tamaño entre los *torobé*, esto es, entre el subconjunto islamizado de los *tukulor*: se habían convertido en la mayoría de la clase ciudadana de su sociedad. Ello fue un hecho revolucionario para el islam en la región del Sudán occidental: por primera vez había una coincidencia casi total entre la fe religiosa y la masa de ciudadanos de un país importante, Futa Toro, la tierra de los *tukulor*, si bien la mayoría de los aristócratas permanecieran comprometidos durante otro siglo con las antiguas costumbres.

En el siglo xviii, los *torobé* se convirtieron en cruzados del islam, lo cual estimuló su predisposición hacia la yihad. Ello trastornó los modos de adaptación al islam que otros musulmanes cultivaban en la región y en cuestión de décadas fundaron cinco grandes Estados religiosos en la región del Sudán Occidental, desde el Atlántico a la planicie de Adamawa: los imanatos de Futa Jalon (1727), Futa Toro (1776) y Bundu (1698), el imperio Macina (1818), también conocido como Diina de Hamdallaye (el nombre se traduce como «Estado religioso para la alabanza de Dios»), y el Califato de Sokoto (1804), así como un enjambre de emiratos fugaces, muchos de ellos concentrados en la región que ahora se conoce como Liptako-Gourma, la llamada «zona de conflicto». Invariablemente, las yihad de los *torobé* comenzaban como una revolución social, avivada por la teología islámica que galvanizaba a las masas oprimidas pero, como en el modelo original, pronto atrajeron a toda clase de gentes que desplazaban a los verdaderos creyentes. Durante la yihad en Sokoto, Abdullahi dan Fodio, hermano y general del líder de la yihad Usman dan Fodio, se indignó al comprobar que, en medio de la guerra de emancipación, los creyentes se atareaban en crear mercados de esclavos. Al final, las viejas estructuras de dominación no fueron revocadas; en vez de ello, recibieron el estimulante apoyo de la religión conservadora, el opio del pueblo. El número de creyentes tampoco aumentó enormemente, entre otras razones porque convertir a demasiados paganos significaba menos esclavos y menos ingresos, un mal negocio para la nueva aristocracia. La islamización de masas en la región del Sudán occidental tendría que esperar a la colonización occidental.

Tristes conquistadores

Cuatro destinos paralelos nos dicen muchas cosas sobre la caída de la región sudánica en manos de los europeos, principalmente de los franceses. En 1900, los dos grandes constructores de imperios de la región llegaron al final de sus días. Rabih Zubayr, conquistador de Borno, con su capital en Dikwa, fue decapitado por los franceses después de la batalla librada en las riberas del Lago Chad en abril de ese año. Samori Touré, cabeza del imperio *wassoulou* con su capital en Bissandugu (y bisabuelo del primer presidente de Guinea, Ahmed Sékou Touré), había sido capturado por los franceses dos años antes muriendo en junio de 1900 de neumonía y depresión. El final de Muhammadu Attahiru Mai Wurno, último califa de Sokoto, y de Babatu, fundador del nuevo imperio *songhay* en construcción en las regiones del Volta, fue menos dramático. Para Mai Wurno, la victoria de los británicos sobre el califato de Sokoto en 1903 fue literalmente una señal del apocalipsis. Renunció a una tierra caída en poder de los no creyentes y empezó una *hijra*, una huida a la Meca similar a la del Profeta, donde en este final de los tiempos iba a llegar con toda seguridad el Mahdi para ofrecer a los musulmanes su triunfante liderazgo¹¹. La batalla final se acercaba. Seguido por multitudes de *muhajirun* («aquellos que hacen la *hijra*»), se aventuró hacia el este por los caminos que llevaban a Arabia, atravesando la región del Nilo. Al hacerlo quedó atónito al comprobar que los bárbaros que había dejado detrás en su país también se habían apropiado de esas tierras, a las que habían bautizado como el Sudán anglo-egipcio. Por su parte, los británicos vieron la llegada de las multitudes de hombres y mujeres, físicamente en buenas condiciones, como una providencial solución para la escasez de mano de obra en los distritos del Nilo Azul. El cansado Mai Wurno pasó de ser un califa huido a ser la cabeza visible de una fuerza de trabajo migrante y aceptó poner a su gente al servicio de los británicos.

Babatu fue el último superviviente de un trío de gallardos *wongaari songhay-zarma* –una mezcla de heroicos protectores y mercenarios armados– que habían pasado muchos años luchando contra los *fulani* en la región de Liptako-Gourma durante las décadas de 1860 y 1870. Después, los tres hombres acabaron en las regiones del Volta, donde un potentado local había solicitado sus servicios. En vez de luchar por él, se apoderaron del país y pusieron los fundamentos de un gran Estado que un admirado cronista *hausa* llamó Asilin Zaberma, «la línea Zarma».

¹¹ El Mahdi: mesías escatológico del islam, que aparecerá en el final de los tiempos, junto a Isa (Jesús), para preparar la llegada del Reino Divino.

Babatu, dicho sea de paso, se había cruzado con Samori Touré, quien le había propuesto una alianza contra los europeos, pero su propuesta fue rechazada. Babatu fue atacado por los británicos, que lo consideraban como un intruso en las «provincias septentrionales» de su expansiva colonia de la Costa de Oro. Acosado por ellos, intentó entablar una guerra de guerrillas antes de huir hacia el este y chocar con los alemanes, ocupados en la organización de su colonia en Togolandia. Finalmente, estos le ofrecieron la jefatura de Yendi en la misma y el constructor de imperios se estableció como un granjero dedicado a la batata, el mijo y el arroz: un migrante agrícola. No había escapatoria del mundo que estaban creando los europeos y Mai Wurno y Babatu se vieron obligados a aceptar el papel que los estos asignaron a la región del Sudán occidental: reserva de mano de obra para posesiones con un suelo más rico.

El interior de la región sudánica, actualmente comprendida por las tierras interiores de Malí, Burkina Faso y Níger, inspiraron un profundo pesimismo a sus conquistadores. «Aunque esta seca y árida región puede mantener a una población dispersa, nunca proporcionará riqueza alguna», escribió en su diario escrito en el este de Níger un deprimido militar francés, el coronel Noël. «Lo que más sorprende es la quietud imperante, el país parece estático y vacío. Afrontando este agonizante paisaje, me siento invadido por el doloroso sentimiento de la muerte en vez de la vida»¹². Los cacahuets y el algodón proporcionaban algunos ingresos en regiones concretas de las colonias de Níger y Alto Volta (Burkina), pero nada que pudiera garantizar unos presupuestos equilibrados, menos aún un excedente. Dado que las colonias debían sostener su mantenimiento, los territorios sudánicos solamente podían permitirse una administración básica capaz de gestionar la recaudación de impuestos, algunos servicios administrativos, el funcionamiento de un cuerpo de policía y un sistema judicial rudimentario, pero eran completamente incapaces de realizar tareas transformadoras a escala estructural.

2. caminos hacia la periferización

Desde el principio, la región sudánica tuvo lo que la ciencia política moderna llama un «Estado débil». También era un Estado depredador. «En ausencia de concesiones y plantaciones, el saqueo de la población y de los productos se convirtió en la tarea exclusiva del poder político

¹² En Yehoshua Rash, *Les premières années françaises au Damergou: des colonisateurs sans enthousiasme*, París, 1973, p. 301.

colonial», señalaba Olivier de Sardan, que llamaba a esto «explotación despótica»¹³. Los paralelismos con un orden feudal eran numerosos, incluyendo un sistema de protectorado en cascada desde el *commandant* colonial hasta el jefe de la pequeña aldea; grupos de jefes y clérigos como ejecutores de la gobernanza tradicional; *droit du seigneur* ejercido por los amos coloniales; garantías de seguridad contra los saqueadores del Sahara como justificación para la explotación y castigos medievales que, en algunos casos, inspiraron una carnalesca respuesta religiosa. (En Níger occidental, los franceses tomaron medidas contra una sacerdotisa de una aldea, Chibo, dirigente del culto *hauka*, que ofrecía interpretaciones *grand guignol* de los militares colonialistas dirigidas por el aterrador y burlesco genio Kumandan Muugu, el «Comandante Maligno»). Este abuso de corte feudal fue el amargo fruto de la pobreza de las colonias y perdura en la actualidad como la cara oscura de la cultura política de los Estados del Sahel.

La lógica colonial para la periferalización del Sur fue establecida claramente por Jules Harmand, un procónsul colonial francés retirado, en una mordaz monografía, *Domination et colonisation*, publicada en 1910. A diferencia de los asentamientos coloniales, que son colonias propiamente dichas y que finalmente desarrollan su propio gobierno y siguen su propio camino –en esencia convirtiéndose en su propio centro–, las colonias de explotación deberían ser propiamente llamadas «dominaciones», porque su gobierno está siempre –«dando al adverbio el sentido muy relativo que tiene en política», añadía prudentemente Harmand– separado de los gobernados, siendo ordenado y organizado (*préposé*) desde la metrópoli¹⁴. Las decisiones sobre ellas se toman de acuerdo con los dictados de la política de esta y lo que queda es solamente gestionar la fricción causada por la transferencia de esas decisiones, una tarea que realizan funcionarios de carrera con los recursos que proporciona un Estado policial. Lo que Harmand llamaba «dominación» es el gobierno de la periferia, que presupone que los dominados no pueden ser tratados como sujetos políticos. En este contexto no pueden serlo porque son un objeto, casi un material inerte, las «razas atrasadas» que necesitan ser transformadas en «población útil» por el bien del comercio y de la civilización.

¹³ Jean-Pierre Olivier de Sardan, *Les sociétés songhay-zarma (Niger-Mali): chefs, guerriers, esclaves, paysans*, París, 1984, p. 159.

¹⁴ Jules Harmand, *Domination et colonisation*, París, 1910, p. 176.

En lo fundamental, la independencia no cambió esta configuración, especialmente en periferias extremas como la región sudánica. En teoría, las antiguas colonias podían determinar ahora sus propios gobiernos, una vez libres de la dominación, pero en todo caso se mantuvo el imperativo de transformar un pueblo «atrasado» –el término sigue siendo popular en los círculos oficiales de las antiguas colonias tropicales– en un pueblo «evolucionado», aunque ahora por el bien de la construcción de la nación y el desarrollo¹⁵. Gregory Mann ha mostrado que si los nuevos Estados del Sahel pusieron los fundamentos para el gobierno, gran parte de su sustancia vino desde el principio facilitada por la cooperación bilateral o por ong franquiciadas por el régimen de ayuda internacional¹⁶. Esta «no gubernamentalidad», como Mann llama al gobierno por medio de la ayuda al desarrollo, se extendió después al hilo de la parábola del declive del Estado, desde el crecimiento y la ambición del periodo posterior a la liberación pasando por el drama de la sequía y la deuda en las décadas de 1970 y 1980, hasta desembocar en el estancamiento de la democracia neoliberal desde la década de 1990. En el despliegue de esta secuencia, cuando incluso un prometeico revolucionario como Thomas Sankara en Burkina Faso no pudo detener la intensificación de la periferización, la región del Sudán occidental se convirtió finalmente en el actual Sahel. Extendiéndose a medida que el Estado se marchitaba, la no gubernamentalidad suministraba paliativos despolitizados para patologías que son sistémicas e inherentes a la relación centro/periferia. El gobierno no político es de ese modo una consecuencia de la periferización colonial del Sur.

Mientras tanto, el colonialismo había impulsado la economía de mercado, la urbanización y un cierto grado de educación escolar formal, fuerzas que conmocionaron la subestructura tradicional de la sociedad y derrumbaron los obstáculos rituales para la islamización. En 1900, el islam todavía era una religión minoritaria en la región sudánica occidental. A finales del siglo xx, todos los países del Sahel eran mayoritariamente musulmanes, con una penetración entre la población que llegaba al 90 por 100 en la mayoría de ellos. Las mejoras en la sanidad pública y, quizá todavía más, el sofocamiento de los conflictos y revueltas –una tarea en la que se distinguió el régimen colonial– cambiaron los

¹⁵ En el ámbito del francés, el término *évolué* se utilizaba con los nativos que partían de su atrasada cultura y se graduaban en la cultura moderna traída por Occidente. El término equivalente en lengua hausa, *ci-gaaba*, «moverse hacia adelante», acentúa incluso más la oposición al atraso.

¹⁶ Gregory Mann, *From Empires to NGOs in the West African Sahel*, Cambridge, 2014.

modelos demográficos de una región donde la población se había estancado o estaba en declive desde al menos la caída del imperio *songhay*. La gente empezó a vivir más tiempo. Actualmente, con una media de sesenta años, las expectativas de vida en la región son el doble de lo que eran en 1960. Esto significa, entre otras cosas, que mientras luchan para ganarse la vida en una economía indigente, la gente tiene más tiempo para tener más hijos, la única garantía que puede tener la mayoría de acceder a la seguridad social y a los cuidados en la vejez. La mayoría de la población vive de la tierra practicando en general una agricultura intensiva en trabajo –otra razón para tener muchos hijos– lo que constituye una inexorable amenaza, peor que la sequía o una epidemia que afecte al ganado, para los pastores trashumantes, especialmente porque la mayor parte del crecimiento de la población se produce entre la población agraria.

La relación entre granjeros y pastores se ha vuelto cada vez más peligrosa, combinando la violencia social, derivada de la destrucción del medio de vida de estos por la colonización agraria y el cercamiento de la sabana, con la violencia física producto de las luchas estacionales, en ocasiones caracterizadas por elevadas bajas, que se registran a lo largo de todo el arco agrario-pastoril de la región. Estos momentos de derramamiento de sangre son síntomas de una fiebre que necesita respuestas políticas, pero –en lo que es una consecuencia de la periferización de la región– el gobierno en el Sahel no es político. En este periodo, y no solo en esta región, la propagación de las ong neutralizó al «Tercer Mundo», con su invitación a la rebelión contra una sociedad internacional injusta, sustituyéndolo por el más dócil «Sur Global», mientras el «empoderamiento» venía a representar rutinas para hacer que el pobre genérico se levantara por sus propios medios. Los pobres tal vez no se convertirían en una «población útil», pero al menos supondrían una carga menor para unos Estados impotentes. En este esquema, los estridentes problemas del medio rural en el Sahel fueron troceados en proyectos humanitarios sostenibles o de «desarrollo» y ordenados en un bufé de angustia del que los gobiernos del poder mundial podían «escoger su veneno», por usar el símil de Gregory Mann. A ello hay que añadir las consecuencias externas. Al convertirse en «el Sahel», la región sudánica no solo perdió su orientación política hacia Occidente, sino también su orientación cultural hacia las metrópolis suníes del mundo árabe para convertirse así en una periferia doble, en un territorio adecuado para el conflicto entre los dos centros exteriores. Los orígenes externos (africanos noroccidentales) de la Guerra de Malí en 2012 serían un buen ejemplo de ello.

Determinantes domésticos

¿A qué se asemejaba la región sobre el terreno cuando empezó esta guerra? Aquí nos centraremos en Malí, Níger y Burkina Faso, los tres Estados situados en el corazón de la «zona de conflicto». Los tres países concentran su población y sus centros administrativos en sus respectivas regiones meridionales, constituyendo sus zonas septentrionales sus periferias. Para el país más septentrional, Níger, que se encuentra casi por completo en un entorno saheliano, el norte es el Sahara, conocido allí como el Ténéré. Para Malí, en una localización más intermedia, el norte periférico incluye al Sahel –el diminuto «centro» de Malí alrededor de Mopti forma parte de él– así como una buena parte del Sahara. Para el más meridional, Burkina, el norte es el Sahel. Estas divisiones sur-norte son consecuencia de la habitabilidad. Las regiones meridionales, mejor regadas, más cultivables y situadas más cerca de las metrópolis económicas de África Occidental que bordean el Golfo de Guinea –el sur de Nigeria, Ghana, Costa de Marfil– son donde vive la mayoría de la gente y donde se concentra la mayor actividad. Esta realidad deja al norte objetivamente marginado.

Cuando los tres Estados se democratizaron durante la década de 1990 en tanto que emprendieron una transición guiada a la democracia parlamentaria bajo la tutela del antiguo partido autoritario, las clases políticas nacidas del proceso tendieron a reflejar sus respectivas geopolíticas internas, lo cual puede apreciarse prestando atención a las correspondientes figuras presidenciales. En Níger, los dos mandatos más largos de la era democrática son obra de dos hombres sahelosaharianos: Mamadou Tandja, perteneciente a una etnia minoritaria de la región de Diffa localizada en el extremo oriental semiárido del país, y Mahamadou Issoufou, un *ader hausa* de la región septentrional donde la tierra *hausa* pasa a ser el país de los tuareg. Bazoum Mohamed, el actual presidente, un árabe de una localidad semidesértica del noreste de Níger, en este sentido sigue la pauta. Malí ha tendido a elegir hombres del sur, incluso aunque rivales del norte pueden ser posibles aspirantes y prominentes políticos del norte alcancen los escalones superiores del Estado. Pero Amadou Toumani Touré, el hombre en el poder cuando estalló la Guerra de Malí en 2012, debía su posición al prestigio derivado de acontecimientos de principios de la década de 1990 más que a sus orígenes etno-regionales¹⁷. Fue una

¹⁷ Durante la sublevación civil en pro de la democracia de 1991, que acabó con el gobierno autoritario en Malí, Toumani Touré fue el militar que arrestó a Moussa Traoré, poniendo fin a su larga estancia en el poder, y después presidió una

víctima inmediata de la Guerra de Malí, como veremos más adelante. En Burkina, los presidentes siempre han procedido de lo que los comentaristas locales eufemísticamente llaman la «meseta central», es decir, el país de los *mossi* (un grupo sudánico mayoritario entre la población de Burkina), pero la rivalidad política, que se remonta a la era colonial, se manifiesta con «el oeste» –la región geopolítica con centro en la ciudad de Bobo-Dioulasso– no con el norte. En 2012, Burkina todavía estaba gobernada por Blaise Compaoré, el hombre que brutalmente derrocó a su amigo Thomas Sankara en 1987 y después consiguió manipular la política democrática para mantener su control del poder durante casi tres décadas. En unos acontecimientos desconectados de los conflictos del Sahel, Compaoré fue derrocado por una sublevación civil en 2014.

Pero para esta historia, la implicación más importante de estas configuraciones internas no es necesariamente quién gobierna, sino más bien con qué se gobierna, concretamente, la cuestión del «alcance del Estado». En estos tres países, la distribución de los servicios públicos, incluida la seguridad, es desigual, hallándose muy concentrada en la capital y en las principales ciudades y contando con mayor presencia en la región central que en las periféricas. El personal del Estado procede abrumadoramente de comunidades sedentarias, no solo porque forman la mayoría sino también porque la educación escolar es un requisito para entrar en la Administración pública y es más fácil implementarla entre poblaciones sedentarias que entre las nómadas o seminómadas. Una consecuencia de ello es la existencia de cierto tipo de distancia psicológica entre determinadas comunidades o distritos y el Estado, incluyendo a los servicios de seguridad. Estos detalles explican por qué en Malí y Burkina Faso (aunque no en Níger) el Estado fue fácilmente desalojado de las periferias septentrionales, que los yihadistas atacaron en primer lugar. Pero si bien la geografía o la geopolítica son decisivas, no son determinantes, lo cual se percibe quizá con mayor claridad en el caso de Níger, donde los problemas, aunque graves, quedan localizados en zonas fronterizas –incluyendo la frontera sur con Nigeria con la crisis de Boko Haram, que queda fuera del alcance de este ensayo– a pesar del hecho de que la periferia norte sea más extensa y no esté mejor integrada con las regiones centrales que en otros países¹⁸.

transición constitucional tras la cual se abstuvo de hacerse con el poder. Estas actuaciones le proporcionaron un aura que explotó diez años más tarde presentando su candidatura a la presidencia sin contar con el apoyo de ningún partido político.

¹⁸ En el momento de escribir este artículo, las comunicaciones terrestres con Agadez, la capital del norte de Níger, son casi impracticables, haciendo que sea muy difícil,

Así pues, los tres Estados afrontan el desafío yihadista con unas fuerzas armadas pequeñas y durante mucho tiempo descuidadas que cuentan con poco más de diez mil soldados. Esta cifra está en la cola de la media subsahariana y contrasta con las cifras del norte de África, una región donde los militares habitualmente se cuentan por cientos de miles, incluyendo a las fuerzas de reserva y a los paramilitares. Desde 2012, los Estados del Sahel han redoblado el reclutamiento con la contundente asistencia organizada por Francia y la Unión Europea detallada anteriormente. El ejército de Níger, por ejemplo, creció desde los doce mil hombres en 2012 a los veinticinco mil en 2020, y los planes son doblar su número en 2025. Burkina tiene objetivos similares, aunque se mueva a un ritmo mucho más lento. Habida cuenta de las urgentes y costosas exigencias del entrenamiento, equipamiento y renovación, estos esfuerzos equivalen a organizar un cuerpo de bomberos en medio del infierno. Sin embargo, solamente los militares de Malí se derritieron en ese fuego, porque el país quedó atrapado en la conflagración inicial, mientras que el «escudo» francés dio a los otros dos países tiempo para salir adelante.

3. visión desde parís

Desde que en 1960 concedió la independencia a sus colonias africanas, Francia ha intervenido militarmente en las mismas durante los pasados sesenta años a un ritmo medio de una vez cada quince meses¹⁹. Ahí no entran las operaciones secretas o encubiertas, en ocasiones efectuadas utilizando fuerzas mercenarias o en connivencia con un eje de «deplorables»: Pretoria, Abidjan, Rabat. Ello ha sido consecuencia en parte del concepto de la soberanía francesa que tenía De Gaulle, el cual dependía de que Francia continuara siendo una potencia mundial incluso *sans* imperio territorial. De Gaulle expresaba esto en términos de «grandeza», un rechazo a la suerte de convertirse en una periferia de

por ejemplo, que los productores de cítricos –un importante sector económico en el norte– mantengan su rentable conexión con los mercados del sur. Respecto de «Boko Haram» véase, R. Idrissa, *The Politics of Islam in the Sahel: Between Persuasion and Violence*, Abingdon, 2017, capítulo 6: «Nigeria: Breakdowns».

¹⁹ El arquetipo del estilo de intervención *francoafricana* se puso en escena en Gabón en 1964, cuando soldados franceses devolvieron el poder al hiperfrancófilo presidente Léon Mba –quien deseaba que Gabón fuera un Territorio de Ultramar de la República francesa, como las Antillas, y había propuesto la inserción de la bandera tricolor francesa en la esquina de la bandera independiente del país– después de su derrocamiento por unos muy afables golpistas que se habían cuidado de que no se derramara ni una gota de sangre.

alta gama inserta en el núcleo del mundo occidental centrado en Estados Unidos. A pesar del hecho de que esa era exactamente la posición a la que habían consignado a Francia las realidades del orden global posterior a la Segunda Guerra Mundial –la no tan lamentable posición de una «potencia media»–, De Gaulle incorporó este sentido de grandeza a las estructuras de la Quinta República y más concretamente a su presidencia. La política exterior, el campo *par excellence* de la grandeza, es el «terreno reservado» al presidente, que es libre de tomar decisiones sin sufrir un excesivo control por parte de los «partidos políticos» (de Gaulle los despreciaba absolutamente) presentes en la Asamblea Nacional. Y si la soberanía metropolitana alimentaba la resistencia o, al menos, el desafío al dominio estadounidense (y soviético), también requería una subordinación paralela de la única región del mundo donde una nación europea posimperial de tamaño medio podía jugar todavía a ser una gran potencia: el África subsahariana.

Las recesiones y pérdidas de ímpetu registradas durante las décadas de 1980 y 1990, unidas al fin de la Guerra Fría y la aceleración de la integración europea, revelaron que incluso en África, Francia estaba actuando por encima de sus posibilidades. El año 1994, especialmente, fue el *annus horribilis* del poder francés en el continente. El franco cfa, una moneda fundamental para la relación francesa con sus antiguas colonias subsaharianas, fue devaluado ese año un 50 por 100 debido a las presiones del fmi, un acontecimiento que para los africanos fue una inolvidable traición por parte de su patrón. La revulsión ante la «moneda colonial», que actualmente es una importante característica de las pretensiones soberanistas francesas en África, se remonta a entonces. El mismo año, Ruanda explotó en las manos del Estado francés, que estaba jugando a aprendiz de brujo con los intensos sentimientos del odio socio-«étnico», los cuales invadían profusamente el cuerpo político de ese país. La red de injerencias en Ruanda fue tejida en atestadas oficinas del palacio del Elíseo sin efectuar en ningún momento consulta alguna con el parlamento francés. Reflejaba en parte la idiosincrasia del propio Mitterrand, que había sido ministro del gobierno francés en los días en que Francia todavía tenía sus colonias africanas²⁰.

²⁰ En 2021, «La France, le Rwanda et le genocide des Tutsi (1990-1994)», el informe de mil doscientas páginas de la comisión oficial de investigación encabezada por el historiador Vincent Duclert, calificó la política de Mitterrand en Ruanda de «una derrota de la razón» (*défaite de la pensée*) y un «colapso intelectual» –una valoración sumamente dura en Francia–, señalando la profunda confusión en la que el Estado francés había caído en relación con un continente que pensaba que conocía muy bien.

Lo que resulta revelador en este caso es que los intereses franceses en Ruanda, una antigua colonia belga, empezaron como parte de la promoción de la democracia que era *de rigueur* en Occidente tras el fin de la Guerra Fría, pero que se transformó en un sangriento drama colonialista una vez que Mitterrand se convenció de que los rebeldes tutsis, al atacar a su amigo personal, el presidente Juvénal Habyarimana, eran un instrumento de «los anglosajones» que estaban tratando de provocar un incidente como el de Fachoda (refiriéndose al encuentro Kitchener-Marchand de 1898, que permanece en la memoria francesa como una gran humillación). La presidencia francesa y su principal instrumento de la «política africana», el ejército, parecían estar lejos de la descolonización. La cuestión que planteó la debacle de Ruanda fue lo inextricablemente entrelazados que estaban los residuos colonialistas, el sentido de grandeza y la intervención francesa en África²¹. La Guerra del Golfo de 1991 ya había revelado el desgastado carácter de la independencia militar gaullista, después de que Estados Unidos, bajo la presidencia de Reagan, actualizara su tecnología militar. En 1996, Chirac inició una nueva estrategia de defensa, recortando las tropas francesas en África que a partir de entonces serían más «flexibles» y «eficientes», contribuyendo en mayor medida si cabe al entrenamiento de los ejércitos locales, al mismo tiempo que prometía reincorporarse a la estructura de mando integrado de la OTAN y fortalecer la fuerza militar de la Unión Europea. A partir de entonces, el multilateralismo estaría en el orden del día²².

Agitación en el desierto

La década de 1990 asistió al deterioro en otros frentes. En primer lugar, la rebelión tuareg – que estalló en 1990 con un ataque a instalaciones gubernamentales en la ciudad de Gao, situada en el norte de Mali– propició una peligrosa situación en una franja del Sahel, principalmente alrededor de la frontera entre Malí y Níger. En su mayor parte, los

²¹ En una fotografía oficial para su presidencia tomada en junio de 2017, Macron aparece con las manos apoyadas en una mesa sobre la que están abiertas las *Mémoires de guerre* de De Gaulle. «Estoy de acuerdo con el discurso de la grandeza», manifestaba al semanario *Le Point* dos meses después. En la primavera de 2021, Macron viajó a Ruanda para pedir «perdón» aunque sin ofrecer ninguna disculpa.

²² El embajador francés en Washington podía, no obstante, informar en febrero de 2000 a su audiencia del US National War College, que la región Mediterráneo-África-Oriente Próximo era el «patio trasero» de Francia, donde tenía intereses estratégicos vitales, Degan Sun y Yahia Zoubir, «Sentry Boxes in the Backyard: Analysis of French Military Bases in Africa», *Journal of Middle Eastern and Islamic Studies*, vol. 5, núm. 3, 2011, p. 87.

rebeldes eran miembros del estrato superior de la sociedad tuareg, la nobleza *imajeghen*, una minoría que sentía que tenía mucho que perder con la integración niveladora de los tuareg en las sociedades nacionales de Níger y Malí²³. Los miembros del estrato medio, los *imrad*, tendieron a ponerse del lado del Estado y el estrato mayoritario, los *ikelan*, descendientes de esclavos de piel negra, fueron adversarios de los *imajeghen*. Aparte de este conflicto social, los *imrad* eran rivales económicos de los pastores *fulani* locales, que se hallaban atrapados en un movimiento de pinza entre sus competidores por los pastos en el norte y la invasora colonización agraria del sur, en la frontera con Níger. Así pues, lo que a los medios de comunicación occidentales les gustaba presentar como una revuelta de oprimidos guerreros del desierto amantes de la libertad, bravos pero desamparados, contra los brutales Estados africanos, era, sobre el terreno, una guerra civil en torno a viejas contradicciones sociales y a las crisis de subsistencia en las que el Estado era a menudo un actor marginal²⁴. En la década de 1990, al intensificarse las luchas periódicas que el Estado podía «gestionar», pero no evitar, para que se convirtieran en una guerra, las «rebeliones tuareg» militarizaron la cultura en la región transfronteriza entre Malí, Níger y Burkina Faso, gracias también al despliegue de armas de fuego suministradas, sin mucho disimulo, por los ejércitos de Nigeria y Malí a las milicias opuestas a los rebeldes.

En segundo lugar, durante la década de 1990 Argelia se halló inmersa en su gran tragedia nacional, una década de guerra civil que dejó más de ciento cincuenta mil muertos, la mayoría civiles, que acabaron degollados en espeluznantes episodios de asesinatos masivos a manos de combatientes salafistas o que perecieron a manos del ejército argelino o de otros operativos de la seguridad del Estado. En 2000, el ejército – que en Argelia *es* el Estado– había ganado la guerra, aunque de manera precaria. Los remanentes de su adversario salafista huyeron hacia el

²³ La nivelación de la sociedad tuareg, todavía bastante incompleta, es el resultado de instituciones y procesos como los colegios y los mercados modernos, los empleos formales y el crecimiento de la economía informal, todo lo cual ha tendido a romper las jerarquías tradicionales vigentes desde la era colonial, en particular porque ha ofrecido oportunidades a los estratos subalternos. Esto ha sucedido en todas las sociedades tradicionales de la región sudánica, no solo con los tuareg, pero en este caso el choque se vio aumentado por el hecho de que los nuevos Estados estaban controlados por poblaciones a las que la nobleza tuareg (aunque no todos los tuareg) solía considerar con desprecio una reserva de esclavos.

²⁴ Para un reciente análisis de la situación en Malí en concreto véase, Nicolas Normand, «Le Sahel peut-il retrouver la paix?», en *Commentaire*, núm. 164, invierno de 2018-2019, pp. 839-846.

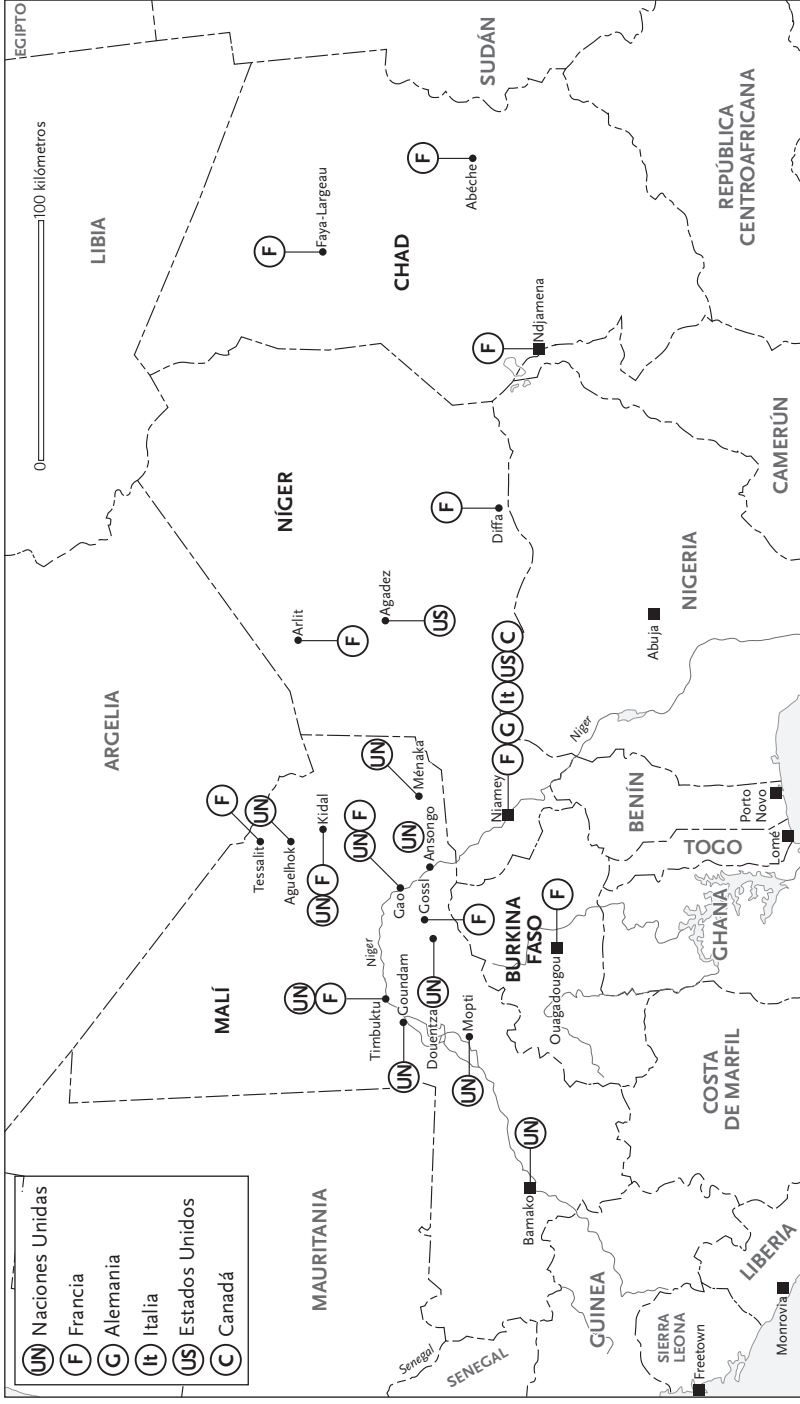
sur al Sahel y finalmente se establecieron en el norte de Malí. Como hemos señalado anteriormente, en Malí el Estado era una entidad meridional desconectada del norte del país, que desde el punto de vista de Bamako, la capital, se antojaba como una tierra fronteriza escasamente poblada. El ejército de Malí, debilitado por la masiva corrupción presente en su escalones superiores, había prácticamente abandonado esa parte del país, especialmente después de que los acuerdos firmados con los rebeldes tuareg a mediados de la década de 1990 le hubieran obligado a reducir su presencia en la zona.

Los exiliados salafistas argelinos quedaron libres para convertir la zona en un santuario, prosperando a principios de la década de 2000 mediante el secuestro (de occidentales) y el cobro de rescates, y su participación en el comercio ilegal o extraoficial con Argelia. Desde el punto de vista del Estado maliense –y muy probablemente también de Argelia– las cosas se podrían haber quedado así de manera indefinida, especialmente porque la anarquía en el norte proporcionaba un paraíso para el tráfico de drogas con el que muchos peces gordos en Bamako se llenaban los bolsillos. Los militantes argelinos no deseaban enfrentarse al Estado maliense y mantenían sus ojos dirigidos a su propio país. Los únicos actores descontentos eran los franceses. Los secuestros a menudo afectaban a ciudadanos franceses del Sahel y en ocasiones apuntaban a las operaciones mineras (uranio) de Francia en el norte de Níger. Pero Bamako afablemente ignoraba sus propuestas de actuación contra los «terroristas» en el desierto.

Caída de un pilar

El desencadenante de la guerra en Malí –que al hacer estallar la combinación incendiaria del descontento tuareg, el conflicto militarizado en la mencionada zona trifronteriza de Malí, Burkina Faso y Níger y del yihadismo violento exportado por la guerra civil argelina rápidamente se expandió en la matriz de violencia que ahora se denomina la «Guerra del Sahel», la cual implicó a los doce mil soldados de la *minusma* y desencadenó las Operaciones Serval y Barkhane– fue otra intervención externa que produjo inestabilidad en Libia, el poderoso vecino oriental de Argelia. La intervención franco-británica en Libia, dirigida por la *otan* y apoyada por Estados Unidos, se presentó como el polo opuesto de lo que había pasado en Ruanda. Dado que Gadafi, el asediado dirigente libio, estaba a supuestamente a punto de cometer una carnicería,

Localización de las fuerzas extranjeras



Fuentes: «Mapping Armed Groups in Mali and the Sahel», ecfri; mimusma, febrero de 2021.

la intervención se derivó de la doctrina occidental del «deber de proteger», lo cual era una respuesta al fracaso a la hora de salvar a los tutsis en 1994. Pero como sugiere la alegría de Hillary Clinton ante el asesinato de Gadafi –«Vinimos, vimos y él murió»– el objetivo real era simplemente librarse de un hombre que durante décadas había irritado a los dirigentes occidentales.

Gadafi era, sin embargo, un pilar regional del orden occidental. Evitaba que los migrantes subsaharianos cruzaran el Mediterráneo ofreciéndoles empleos, no encerrándolos en campos de esclavos como hacen las actuales «autoridades» del país; era un activo enemigo del salafismo y, como el único contrapeso al dinero del Golfo que fluía hacia la causa salafista en el Sahel, financiaba el sufismo en la región y celebraba el Mawlid –las «navidades musulmanas» y una importante fiesta sufi– en Tombuctú y Agadez (su ciudad hermana en el norte de Níger). Gadafi consolidó la paz en el norte de Malí y Níger ofreciendo buenos empleos en Trípoli a los rebeldes tuareg, que habían estado activamente sublevados desde comienzos de la década de 1990, una actitud fomentada desde Francia por un eficiente grupo de presión protuareg enraizado en el Partido Socialista, con Danielle Mitterrand y Bernard Kouchner como sus voces más destacadas, y en el ejército²⁵.

Cuando Gadafi cayó en octubre de 2011, los tuareg nigerinos y malienses regresaron a casa y estos últimos rápidamente empezaron una sublevación desde sus bases en la región de Kidal, en el noreste de Malí, lo cual fue como encender una cerilla en un depósito de pólvora. (Níger había conseguido de alguna manera evitar que sus propios retornados hicieran lo mismo, pero si la rebelión en Malí hubiera triunfado, todas las apuestas eran que habrían acabado uniéndose a ella). El objetivo era convertir la región de Kindal, una franja de desierto cinco veces mayor que Bélgica pero con una población de alrededor de 70.000 personas, en el país independiente de «Azawad», el nombre tuareg de la cuenca de un antiguo afluente fósil del río Níger, que atraviesa la zona de este a oeste. Para dar más contenido a este país en perspectiva, Gao y Tombuctú –ambas con una población mayoritariamente *songhay*– tenían que formar parte de él. Pero los secesionistas tuareg pronto descubrieron que los militantes salafistas eran ahora el verdadero poder en el norte de Malí, y su dominio solo creció cuando un importante jefe rebelde tuareg, Iyad ag-Ghaly,

²⁵ Véase Dominique Casajus, «Les amis français de la “cause touarègue”», en *Cahiers d'études africaines*, núm. 137, 1995, pp. 237-250.

un dirigente clave en la violencia que se desató en la década de 1990, abrazó la yihad. En 2007, el entonces presidente Toumani Touré situó a ag-Ghaly en un puesto destacado en el consulado maliense en Jeddah, Arabia Saudí, como una manera de mantener al impulsivo dirigente alejado de la política nacional. Pero tres años más tarde fue expulsado del país, cuando las autoridades saudíes se alarmaron por sus conexiones con miembros de Al-Qaeda, y regresó a Malí justo a tiempo para la inminente conmoción.

Avance sobre Bamako

A principios de 2012, una fuerza combinada de yihadistas y secesionistas llevaron a cabo un ataque sorpresa sobre Aguel'hoc, una ciudad del desierto donde Malí mantenía una aletargada base militar. Más de cien personas, la mayoría soldados, fueron rodeadas y degolladas, un método que reveló al mundo que los salafistas estaban a la vanguardia de la lucha. En abril los salafistas aparecieron en las pantallas de televisión occidentales al hilo de la noticia de que habían tomado Gao y Tombuctú. Finalmente, los yihadistas, que a finales de año eran mayoritariamente malienses, expulsaron a los secesionistas. Su programa ya no era levantar una etnocracia en el norte, sino una teocracia en Malí, lo cual convertía al Estado nacional en su objetivo. Moviéndose con rapidez, los yihadistas, que ahora controlaban el norte, emprendieron una serie de maniobras militares y diplomáticas –estas últimas a través del gobierno de Burkina Faso– dirigidas a obligar a Malí a cambiar la naturaleza de su Estado y abandonar la *laïcité*.

Mientras tanto, bajo la presión del desastre acaecido en el norte, los acontecimientos en Bamako habían evolucionado para convertirse en un drama político que rayaba lo grotesco. En marzo de 2012, un joven oficial y profesor de inglés derrocaba al gobierno de Touré, pero «la comunidad internacional» –principalmente los dos agrupamientos regionales de África Occidental, *ecowas* y *waemu*²⁶– rápidamente le obligaron a instalar una administración civil interina. Este gobierno resultó ser tan impotente que su presidente fue acosado y herido en su despacho y tuvo

²⁶ *ecowas*, que incluye a todos los países africano-occidentales menos Mauritania, podía cortar el acceso de Malí al comercio internacional, mientras que la Unión Económica y Monetaria de África Occidental, que incluye a todos los usuarios africano-occidentales del franco cfa, tenía el decisivo poder de cerrar la espita de los pagos del banco central al sistema bancario maliense.

que pasar los primeros meses «en el poder» recuperándose en un hospital parisino. En enero de 2013, los yihadistas del norte, una colección de militantes norteafricanos, brigadas tuaregs y árabes y soldados *fulani* –con un puñado de entusiastas procedentes de los países africano-occidentales vecinos– se movieron hacia el sur enfrentándose al ejército maliense en los distritos centrales del país. Las acciones de los yihadistas en la ocupada Tombuctú –destrucción de patrimonio cultural, decapitaciones, sentencias de mutilaciones y flagelaciones– ya habían evocado paralelismos con los talibanes, y su camino hacia el sur a bordo de camionetas conjuró inmediatamente imágenes de la caída de Kabul en 1996. Los escépticos, como el estudioso del Sahel Marc-Antoine Pérouse de Montclos, rechazaron la analogía, señalando que el Malí meridional –donde se percibía a los yihadistas como una horda de gentes del norte de piel clara– no era el terreno acogedor que había sido para los talibanes el Afganistán atormentado por los señores de la guerra²⁷.

Al margen de que Bamako estuviera realmente en peligro o no, antes de que estallara el conflicto, los franceses ya estaban ansiosos por destruir los «nidos terroristas» existentes en Malí, considerando que si se les dejaba crecer acabarían desestabilizando toda la región de África Occidental. La invasión de los distritos centrales, que aparentemente amenazaba a Bamako, era una oportunidad que no podía dejarse escapar para efectuar una intervención quirúrgica. Serval, como se llamó a la operación, fue un éxito diplomático y logístico. Fue estrictamente legalista, no solo asegurándose un cheque en blanco de Naciones Unidas, como lo había tenido la aventura libia de la otan, sino también de la Unión Africana, que se había mostrado dividida sobre Libia, siendo oficialmente desencadenada por una solicitud del presidente del gobierno interino de Malí, el renqueante Dioncounda Traoré. También fue una típica intervención francesa, organizada con un comedido despliegue en comparación con los recursos desplegados por las intervenciones estadounidenses, pero apoyada en la inigualable red logística que Francia seguía teniendo en el continente y cuyo nodo central se encuentra en Gabón. Y, aparentemente, fue capaz de derrotar a los yihadistas y liberar la emblemática ciudad de Tombuctú, todo ello dentro de los seis meses de plazo que otorga la legislación francesa a las operaciones militares sin que el Elíseo tenga que conseguir la aprobación de la Asamblea Nacional. Muchos oficiales del ejército francés opinaron en privado que las cosas debían

²⁷ Marc-Antoine Pérouse de Montclos, *Une guerre perdue: la France au Sahel*, París, 2020.

haber acabado entonces, pero no lo hicieron. A la Operación Serval le sucedió la Operación Barkhane, y las aguas se volvieron turbias.

La Operación Serval había dispersado, no derrotado, a los yihadistas. Se suponía que la Operación Barkhane tenía que conseguirlo abriendo un nuevo frente en la «guerra contra el terror», no simplemente salvando al Estado maliense. De hecho, lejos de ayudar a Malí a reconstruir la autoridad del Estado, la Operación Barkhane la dañó todavía más. Enamorada de «los tuareg» –a los que la prensa francesa internacional, la RFI y France 24 sistemáticamente presentaban como «independentistas laicos» defensores de una causa justa– Francia buscó su alianza contra los «terroristas islámicos». Los rebeldes, a los que otros malienses ven con cierta justificación como los principales instigadores de la descomposición del país, fueron reinstalados en Kidal, mientras las autoridades del Estado maliense se mantenían a distancia. Aparte de Christian Rouyer, el entonces embajador francés en Bamako, que fue mandado de vuelta a casa por discrepar de esta estrategia, los franceses optaron por creer que la indignación maliense ante esta partición de hecho de su país era meramente un odio étnico de los «negros» del sur contra los tuaregs. (Otro antiguo embajador francés en Malí, Nicolas Normand, acusó públicamente a Francia de «entregar Kidal a los separatistas»). La opinión generalizada era que si el ejército maliense regresaba al norte cometería un genocidio²⁸ y, en cualquier caso, los tuareg, los «amos de la tierra», eran considerados mejores auxiliares en la lucha contra los terroristas en el desierto que los «negros del sur».

La valoración es una fantasía del bagaje colonial del ejército francés. El educador oficioso de los militares franceses sobre cuestiones africanas es el historiador ya mencionado Bernard Lugan, profesor de la École de Guerre y de Saint-Cyr-Coëtquidan, principales escuelas militares de Francia. Lugan es un especialista en Ruanda, defensor de los hutus, revisionista del genocidio ruandés y un intelectual de la extrema derecha que critica la *répente* [arrepentimiento], el peyorativo término

²⁸ Siguiendo una rutina perfeccionada por primera vez contra los militares nigerianos en la Guerra de Biafra, en la que Francia apoyó a los rebeldes biafreses, los medios de comunicación franceses y el consabido coro occidental de defensores de los derechos humanos, se afanaron en presentar informes sobre las extorsiones practicadas por el ejército maliense, especialmente contra los *peaux claires* («pieles claras»). Véase también la cobertura de esas mismas cuestiones durante la rebelión de la década de 1990, que realiza Mamoudou Djibo en «Rébellion touarègue et question saharienne au Niger», *Autrepart*, núm. 23, 2012, pp. 135-156.

derechista para los signos de contricción sobre el colonialismo. Su revista en línea *L'Afrique réelle* –ampliamente leída por los oficiales involucrados en intervenciones en el continente– desecha rotundamente como una insufrible *répente* el informe Duclert sobre las responsabilidades francesas en el genocidio ruandés. Para Lugan, el «África real» es una tierra de etnias enfrentadas, tribus que se pelean y razas hostiles. La democratización, lejos de ser una solución, solamente añade leña a la hoguera. En un editorial publicado en el número de enero de 2021 señalaba: «En el ámbito político, 2020 fue un año de elecciones [en África] que, en casi todos los casos, confirmaron las relaciones etno-demográficas: las etnias más numerosas ganaron matemáticamente a las menos numerosas». La «observación» difícilmente podía explicar por qué Níger había elegido a un presidente árabe, un hombre procedente de la minoría más pequeña del país, que representa menos del 2 por 100 de su población. En otro número de *L'Afrique réelle*, Lugan ha explicado que las guerras del Sahel son un «yihadismo étnico», no un «yihadismo universalista», que solo se encuentra en los centros del mundo islámico. Las propuestas de Lugan serían razonablemente avanzadas, si hubieran sido escritas alrededor de 1850. Actualmente son fantasías, útiles solo para sustentar la creencia en los círculos militares franceses de que las intervenciones en África siguen la práctica metropolitana-colonial de sofocar la agitación en la periferia en nombre de la civilización o de los valores occidentales. Son el tipo de historia que necesita esa práctica.

4. crisis convergentes

Las Guerras del Sahel están enraizadas en otras historias. Desde sus comienzos a principios de la década de 2010, no se han extendido más allá de la zona que cubre el norte y centro de Malí, el norte y el este de Burkina Faso y los ángulos septentrionales del oeste de Níger. No solamente no cruzaron a los países vecinos, a pesar de esporádicos ataques en el norte de Benín y Costa de Marfil, sino que hasta ahora ni siquiera se han propagado a otras provincias de los tres países en los que se están produciendo. La zona de conflicto corresponde casi exactamente al territorio del imperio *songhay*, una expansión del reino de Gao que llenó el vacío securitario producido en el Níger Medio por el precipitado declive del imperio maliense a principios del siglo xv. Los grandes perturbadores del comercio en la región, los potentados *mossi* de Yatenga (ahora en el norte de Burkina) y las clases guerreras de los tuareg y los *fulani*,

fueron respectivamente contenidos, sometidos a vasallaje y masacrados por el rey Sonni Ali en el transcurso de una campaña militar de treinta años de duración a finales del siglo xv.

Pero en 1591, un siglo después de la muerte de Sonni Ali, el imperio *songhay* fue destruido por una audaz invasión organizada por el sultán de Marruecos, Ahmad al-Mansur, que tenía una visión de la región sudánica como una colonia aurífera, una variante transaharai de la conquista española de América. Su victoria le reveló que eso era un espejismo y murió en una epidemia pocos años después de la caída del imperio *songhay*. En cuestión de dos décadas, el Estado marroquí había perdido por completo su control sobre la región. El vacío securitario del Níger Medio resurgió y duró hasta la llegada de los franceses, a pesar de la formación de unos cuantos centros de poder, incluyendo, como hemos visto, al Estado yihad de los *torobé* de Hamdallaye en la Macina. Desde la perspectiva de la *longue durée*, los acontecimientos actuales parecen un regreso del vacío securitario posterior a la caída del imperio *songhay*, especialmente porque el fracaso del desarrollo económico significa que las estructuras sociales y económicas que fueron forjadas en su crisol no han cambiado demasiado. Pero si esta situación surgió de una fortuita convergencia de acontecimientos –el exilio de curtidos combatientes salafistas al Sahel, la insurrección tuareg y la intervención de la *otan*– se ha arraigado, menos fortuitamente, en la periferia de la periferia, en las remotas zonas agropastorales del Sahel y entre el pueblo más periférico de ese ámbito, los pastores *fulani*.

El pastoreo *fulani* ha estado declinando durante décadas a lo largo de la totalidad del gran arco que se extiende desde Senegal hasta la República Centroafricana por las razones analizadas anteriormente. La crisis se ve agravada por el calentamiento global, que intensifica la competencia no solo por la tierra, sino también por el agua, forzando que en muchos lugares los pastores *fulani* intenten convertirse en granjeros²⁹. En el esquema de la economía sudánica tradicional, en las que las comunidades étnicas –o algún subgrupo de las mismas– son también sectores económicos, la decadencia y en algunos lugares la destrucción del pastoreo, tiene todas las consecuencias sociales de una crisis industrial

²⁹ Véase el nuevo documental *Marcher sur l'eau* (noviembre de 2021), rodado en 2018-2020 en el norte de Níger en una comunidad de pastores *fulani* por la actriz franco-saheliana Aïssa Maïga. El documental conecta firmemente la crisis local con el tema global del cambio climático al mismo tiempo que resalta la fuerza e iniciativa de la comunidad.

desregulada, incluyendo la conducta predatoria sobre los más débiles, el desempleo desenfrenado, los traumas psicológicos, los crímenes violentos y las batallas mortales por los pastos.

Estos factores podrían encontrarse a todo lo largo del arco de la crisis, con los *fulani* como actores principales en todas partes aunque desempeñando diferentes papeles según el terreno. En Malí central y el norte de Burkina, los pastores *fulani* se vieron sometidos al abuso y la depredación de los grupos pertenecientes a la elite, tanto *fulani* como no *fulani*; en la región de Liptako-Gourma (la frontera entre Burkina y Níger), muchos optaron por la criminalidad violenta, el bandolerismo practicado en las vías de comunicación o se convirtieron en simples ladrones o atracadores a mano armada; mientras que en la frontera entre Malí y Níger se produjeron guerras por los pastos entre pastores tuareg y granjeros *songhay-zarma*.

El problema *fulani* no podía encontrar una solución completa dado el estilo no político de gobierno que prevalece en la periferia, especialmente después de que el giro hacia la política electoral registrado en la década de 1990 fuera acompañado por el debilitamiento neoliberal del Estado. El electoralismo, que aumentó y multiplicó las demandas sobre el sistema político, fue introducido precisamente cuando el gobierno estaba siendo radicalmente redimensionado por los programas de ajuste estructural. Para los desesperados habitantes en el área del antiguo imperio *songhay*, la democracia no podía ser la solución y el futuro parecía sombrío. Y entonces el salafismo militante trajo la esperanza, especialmente porque la guerra contra los deficientes ejércitos del Sahel parecía muy fácil.

Una periferia salafista

El salafismo ha estado presente en el Sahel en formas no violentas desde la década de 1940 y la democratización de la década de 1990 lo había librado de los grilletos de los Estados policiales³⁰. Pero no fue muy hábil a la hora de propagarse desde las áreas urbanas hacia el medio rural. Su adscripción a un islam literario, en lengua árabe y arabofilico, no encaja muy bien con los estilos de vida rurales, algo parecido al poco éxito cosechado allí por las maneras urbanas occidentalizadas. Cubrir a las mujeres

³⁰ El argumento procede en este caso de R. Idrissa, *The Politics of Islam in the Sahel*, cit., donde se analiza un abanico más amplio de países.

con pesados velos resulta perjudicial para el trabajo agrícola y proscribir cualquier rito o uso local que contravenga una peculiar teología canónica parece una manera segura de empezar la *fitna*, la división violenta entre gentes que, aunque sean musulmanas, han permanecido vinculadas a su vieja cultura sudánica. El islam como crítica social siempre estuvo vivo en el campo, pero era una manera de utilizar de forma segura la religión para «decir la verdad al poder», no un proyecto político para convertirse uno mismo en ese poder en nombre de Dios, lo cual constituye la visión salafista. La crítica social islámica era quizá especialmente vigorosa entre los *fulani*, cuyo pueblo, dotado de una mentalidad clerical, podía fácilmente absorber la tradición *torobé* que es una rica fuente de la práctica. Hamadun Kufa, el líder de los yihadistas *fulani* en la región de Macina, y el fallecido Ibrahim Dicko, procedente de Burkina, empezaron sus carreras como predicadores de éxito en esa línea antes de pasarse al salafismo, que favorece la revolución política y las normas morales, esto es, la vida virtuosa, pero dedica poco tiempo a la reforma social.

La Guerra de Malí de 2013 ofreció la oportunidad de empezar una revolución salafista en el país, la oportunidad de hacerse con el poder para Iyad ag-Ghali, el dirigente salafista tuareg, y un atajo hacia la justicia social en el marco del islam para el dirigente de Macina, Hamadun Kufa. La Operación Serval acabó prácticamente con esa oportunidad, pero los errores de la Operación Barkhane la han revivido. Como hemos visto, al lanzar esa operación París eligió inicialmente ponerse del lado de los rebeldes tuareg, un error de proporciones equivalentes a una «derrota intelectual», para decirlo con las palabras del informe de Duclert sobre Ruanda. El apoyo de Francia a las anteriores sublevaciones tuaregs – expresado con una cobertura mediática invariablemente favorable a los rebeldes, difundida en una región francófona– había dejado a la opinión pública del Sahel sin ningún asomo de duda de que Francia rompería muy a gusto Níger y Malí en la primera oportunidad que se le presentara para crear un Estado marioneta tuareg en su desierto septentrional. Las intervenciones de la Operación Barkhane parecían una impresionante confirmación de esa convicción, lo cual aterró especialmente a los *fulani* de la frontera Níger-Malí que habían estado luchando contra los pastores tuareg desde los tiempos de la rebelión de la década de 1990, e hizo que se unieran masivamente a las filas de los yihadistas, convirtiéndose en la primera población que daba al salafismo el peso numérico del que había carecido hasta entonces. Ello, a su vez, funcionó como un aliciente para otros grupos *fulani* ubicados en la región del antiguo imperio *songhay*, especialmente en Macina, la tierra de los *kufa*.

A finales de la década de 2010, bajo el impacto de la Operación Barkhane, los yihadistas del Malí septentrional se reagruparon en cuerpos más cohesionados y eficientes. Una de las formas que adquirió este reagrupamiento fue la «afiliación» a las principales organizaciones yihadistas (metropolitanas) de Oriente Próximo, Al Qaeda y el *isis*, en un proceso que ha dado lugar al actual *inim*, afiliado a Al-Qaeda (y acrónimo árabe de «Grupo para la Defensa del Islam y los Musulmanes») y al *isgs* (Estado Islámico en el Gran Sahara) vinculado al *isis*. La dirección de estas organizaciones es árabe-bereber (norteafricana y tuareg), pero la mayoría de los soldados son *fulani*. Sus quejas sociales y los hábitos violentos desarrollado en los grupos de bandidos o en las milicias comunales, asociados con la herencia *torobé* de promover la militancia a través de la religión, les convirtió en la población ideal para la propagación de la yihad en la región del antiguo imperio *songhay*. Esto también puede explicar muy bien la estabilidad de la zona en conflicto; aunque haya poblaciones *fulani* en otras partes del Sahel y de hecho en otras regiones de Níger y Burkina, su historia es diferente y no han sido movilizadas por el *inim* o el *isgs*.

Todo esto hace que el yihadismo *fulani* en el Sahel no sea un yihadismo «étnico» (como sostiene Lukan), sino periférico, de alguna manera análogo al yihadismo francés o europeo. De manera similar, este yihadismo *fulani* no está muy versado en el canon salafista, un tema de alta erudición, ni en el árabe clásico, pero sí está repleto de un torpe o espeluznante mimetismo con una insistencia en la forma y los símbolos. Las historias que circulan actualmente en la región trifronteriza de Malí, Burkina Faso y Níger, algunas veces recogidas en vídeos, hablan de palizas y de formas de tortura carentes de sentido (por ejemplo, los hombres a los que se les encuentra con cigarrillos se enfrentan a la práctica de encenderlos todos y apagarlos de uno en uno sobre su piel), de robos con violencia perpetrados a modo de botín de guerra, así como de decapitaciones. Jóvenes *fulani* armados a bordo de motos capturan a los viajeros y les obligan a asistir a desquiciadas homilias. Exigen que los hombres se dejen un cierto tipo de barba y vistan pantalones que acaban por encima del tobillo, prometiendo castigo si vuelven a encontrarlos sin cumplir las normas.

El robo de ganado que practica la mayoría de los grupos de bandidos *fulani* en el estado nigeriano de Zanfara, así como el bandolerismo declarado, también se producen en este contexto, pero ello es presentado

como una exacción fiscal. Y para estos grupos, el asesinato es algo fácil porque son cruzados que complacen a Dios. En el distrito nigerino de Torodi –el nombre se deriva de los *torobé*– que es frontera con el este de Burkina, los militantes yihadistas *fulani* han hecho circular recientemente un mensaje sobre cómo se les debe identificar: marabutos, sin duda en el significado original militar del término, no bandidos.

5. ¿rehabilitación del estado?

La única cosa positiva que hizo la Operación Barkhane, ha señalado un general francés, «fue poner fin a la Operación Épervier»³¹, la aparentemente interminable intervención militar que empezó en Chad en la década de 1980, cuyo origen se remitía a una operación organizada contra Gadafi, y que finalmente se fusionó con la Operación Barkhane en 2014. La afirmación tenía dos significados: el primero que como una reliquia de los viejos malos hábitos de Francia en África, la Operación Épervier merecía morir, y el segundo que la Operación Barkhane no fue positiva porque cometió demasiados errores. El que esto lo dijera un militar de alto rango –relativamente joven– era probablemente un signo de los tiempos. Las intervenciones militares francesas en África han sido endémicas, pero la Operación Barkhane, aunque juzgada más severamente que todas las demás por la opinión pública saheliana –ha alimentando de hecho el primer movimiento soberanista popular anti-francés de la región– puede pertenecer a un nuevo capítulo.

Habida cuenta de la interminable historia de operaciones que fácilmente caen bajo el plan neocolonial conocido como «Francáfrica», los críticos de la política francesa en la región pueden ser perdonados por pensar que las operaciones implementadas en el Sahel son solamente el último episodio de esa sorprendente serie. Sin embargo, los intereses defendidos y los planteamientos adoptados difieren de los de la típica operación francafricana. El objetivo no es eliminar a un dirigente inconveniente o respaldar a un incondicional. Occidente parece necesitar unas fuerzas armadas locales fuertes, no débiles. Los ecos del pasado –Francia entronizando al hijo del fallecido dictador en Chad el pasado mes de abril, por ejemplo– ahogan el sonido del cambio y los viejos instintos persisten tozudamente³². Pero hay evidencias de una nueva mentalidad, aunque

³¹ Entrevista con el autor cerca de la École Militaire en París, septiembre de 2021.

³² R. Idrissa, «The End of Déby», *NLR-Sidecar*, 29 de abril de 2021.

quizá venga impuesta por los acontecimientos. Poner fin a la Operación Barkhane significa que la intervención va a ser menos expansiva y costosa; más orientada y tácticamente operativa: la política estadounidense de eliminar dirigentes –el término «caza de cabelleras» se escucha en los círculos militares– y de llevar los servicios del Estado nacional a los distritos abandonados. Y esta última cuestión, que ahora plantea Macron con un acento impaciente, es decididamente no «francofricana».

A pesar del irritante tono y lenguaje, esto se acerca mucho a una de las cuestiones básicas en el Sahel, que es la extrema escasez de gobierno, aunque París pueda no comprender realmente las implicaciones de ello. En la década de 1970, una época de tribulación para el proyecto de desarrollo, el discurso occidental sobre el Estado en África, que constituía la literatura preceptiva sobre desarrollo político en el Sur, fue abandonado, entre el desprecio y el cinismo, tras producir, conviene no olvidarlo, clarividentes obras maestras imperiales como *Political Order in Changing Societies* (1968), de Samuel Huntington. Los politólogos africanistas pasaron a interesarse exclusivamente por las teorías que pretendían explicar por qué el Estado no funciona en África, o «funciona» solamente a través de la corrupción y el desorden. Los clásicos de este subcampo, de acuerdo con su propia producción, tienen títulos que hablan por sí mismos: *Africa Works: Disorder as Political Instrument* (1999) o *The State in Africa: Politics of the Belly* (1989). Otro clásico, *States and Power in Africa* (2000), de Jeffrey Herbst, está basado en la idea de que en general el Estado no funciona en África y, en particular, apenas existe en el Sahel³³. Estas concepciones no permanecen enterradas en la universidad; se extienden al mundo de los expertos en «desarrollo» –o, en el Sahel de estos días, a los expertos en «seguridad»– para quienes el Estado prácticamente siempre aparece como una molestia que aplacar y una nulidad que evitar.

La conclusión paradójica, aunque esté en consonancia con la lógica de la periferización, es que no se trata de pensar cómo fortalecer al Estado, sino cómo debilitarlo aún más. La reestructuración del Estado neoliberal ha avanzado mucho en esa dirección desde la década de 1990. El periodo también asistió al auge de la obsesión de los donantes por la

³³ Patrick Chabal y Jean-Pascal Daloz, *Africa Works: Disorder as Political Instrument*, Bloomington (In), 1999; Jean-François Bayart, *The Politics of the Belly: The State in Africa* [1989], Oxford, 2009; Jeffrey Herbst, *States and Power in Africa: Comparative Lessons in Authority and Control*, Princeton (Nj), 2000.

descentralización, que ilustra muy bien esa paradoja: el Estado no existe y por ello debe ser descentralizado. Resulta difícil imaginar cómo lo que apenas existe puede ser distribuido. Pero el subtexto aquí es frecuentemente que África no tiene naciones, sino únicamente conglomerados de grupos étnicos –la palabra «tribu» surge con facilidad, si no plasmada por escrito, sí en la comunicación verbal– ocultándose en el proyecto una receta para la «retribalización» de África. La *Weltanschauung* subyacente explica, por ejemplo, las inclinaciones francesas a favor de los rebeldes o, como ellos lo ven, a favor de los tuareg.

Sin embargo, un Estado operativo podría trabajar mejor, en principio, en pro de los desfavorecidos que de los ricos y las elites, quienes, en África como en todas partes, están más interesados en un Estado pequeño y maleable, que no se interponga en el camino de sus enormes intereses privados. (Los analistas occidentales, desde luego, suelen describir a los débiles Estados africanos como «hinchados»). La queja universal en el medio rural del Sahel –una queja que era más apremiante entre los viejos pastores *fulani* a finales de la década de 2010– no se refería a la falta de descentralización, sino a la ausencia del Estado³⁴. Si bien la queja se relaciona con el tropo del Estado «débil», «fallido» o «limitado», lo que los habitantes rurales lamentan no es la naturaleza del Estado, sino la falta de imposición de reglas imparciales y la carencia de una organización generalizada de servicios útiles, que son tareas del Estado y que (importante) no consisten en ayudas. Pero incluso cuando semejantes llamamientos son registrados, el contenido habitual de los informes y estudios de los «expertos» trata inevitablemente del apoyo a la descentralización y a la «gobernanza informal», una insinuación del autogobierno tribal. Gran parte del dinero de la ayuda occidental para la «gobernanza» en el Sahel fluye en esa dirección.

Consecuencias negativas imprevistas

Con el fiasco y las imprevistas consecuencias de la estrategia tuareg-Kidal, en París está empezando a comprenderse la necesidad de apostar por Estados nacionales que funcionen y por un gobierno territorial en

³⁴ La descentralización en Níger y Malí empezó a mediados de la década de 1990 como una manera de satisfacer a medias las demandas de los rebeldes tuareg que, a falta de la secesión, querían un federalismo étnico. Pero la descentralización sí introdujo un elemento de democratización en las áreas rurales, un hecho que adquirió importancia por ejemplo en Níger dado el triunfo de mayorías *ikelan* (antiguos esclavos) en municipios situados en áreas tuareg.

el Sahel, y ahora Francia quiere que todo eso se logre de golpe, como si no existiera la historia del declive instigado descrita anteriormente. Las calculadas expresiones de impaciencia de Macron revelan algunas de las cuestiones subyacentes que asolan a los Estados del Sahel y la naturaleza de sus relaciones soberanas con Francia o con Occidente. Por ejemplo, a principios de este año Macron, en un *faux arranque* diplomáticamente incorrecto, dijo a los periodistas Antoine Glaser y Pascal Airault que el presidente de Burkina, Roch Marc Christian Kaboré, «temía» a su ejército, que lo había «debilitado» y que prefería una ayuda militar externa duradera para defender la reforma³⁵.

El miedo a un golpe de Estado es sin duda un obstáculo para la renovación de las fuerzas armadas en el Sahel, pero si Macron opta por reprender a Kaboré en vez de al presidente nigerino Issoufou, que parece haber hecho mucho más por el «debilitamiento» de su ejército³⁶, ello se debe a que el gobierno de Burkina es menos cooperativo con los planes franceses que el nigerino. Níger es el firme aliado de Occidente en el Sahel –en 2017 criminalizó a instancias de la UE el transporte de migrantes–, mientras que Burkina, después de la caída de Compaoré, es solamente un aliado por necesidad y Malí a lo sumo un socio complicado. Para abordar la fase de su intervención posterior a la conclusión de la Operación Barkhane, los franceses están reagrupando sus fuerzas en Niamey, la capital nigerina³⁷.

Aún así, este nuevo énfasis en la reforma del État *régalien* –el núcleo duro de la defensa, la seguridad, la justicia y la administración del Estado– es parte de lo que significa el fin de la Operación Barkhane. Un gradual cambio de actitud de Francia está llevando a una de esas tragedias de errores, que son el resultado de una historia terrible. Finalmente, la intervención francesa en el Sahel, con nombres

³⁵ Antoine Glaser y Pascal Airault, *Le piège africain de Macron: Du continent à l'Hexagone*, París, 2021.

³⁶ En el entorno de Issoufou existía la convicción de la necesidad de una purga étnica del ejército, considerado como un bastión *songhay-zarma*, la cual se llevó a cabo para protegerle contra un golpe de Estado de inspiración étnica. Issoufou, que dejó el poder a principios de 2021, también dirigió un vasto sistema de corrupción y rentabilización de la guerra que quedó al descubierto en una auditoría del Estado presentada en febrero de 2020.

³⁷ Níger es donde Estados Unidos tiene su mayor base militar de la región. La presión occidental fue decisiva para que Issoufou fuera galardonado en 2020 con el Mo Ibrahim Prize for Achievement in African Leadership a pesar de su impopularidad en Níger.

o sin ellos, es quizá una temprana manifestación –todavía no admitida como tal en París– del final de la política de grandeza. Pero debido a las pésimas intervenciones francesas anteriores, a las pifias iniciales y a la aparente incapacidad para derrotar a lo que aparentemente son bandas de pastores armados, ello se interpreta de forma generalizada en el Sahel, aunque no necesariamente en la propia zona de intervención, como algo que está alimentando las peores intenciones: la recolonización por medio de la yihad. El anuncio público de Macron del fin de la Operación Barkhane constituye parcialmente una táctica para enfriar los ánimos de la opinión pública en el Sahel.

Sin embargo, según me decía el general de la École Militaire, «no vamos a abandonar el Sahel, y no abandonaremos Malí», añadiendo después de una pausa, «a no ser que nos digan que lo hagamos». El «estado final deseado», dicho utilizando la terminología militar, es debilitar a las fuerzas yihadistas hasta el punto de que los ejércitos locales puedan «manejarlas» a largo plazo y así los francoeuropeos puedan retirarse de forma más adecuada que los estadounidenses de Afganistán³⁸. Hay cierta apariencia de éxito conseguido en el hecho de que los yihadistas estén ahora evitando el tipo de ataques frontales contra los militares locales que realizaron durante los últimos años con gran eficacia, si bien han vuelto a recurrir al terrorismo de masas contra las poblaciones civiles locales, para obligarlas a obedecer sus decretos como si fueran un Estado clandestino. Conseguirlo requiere una extrema brutalidad y juega con la incapacidad del Estado –de cualquier Estado, realmente– a la hora de proporcionar seguridad en todo su territorio y en todo momento, especialmente contra un enemigo que se oculta en las sombras. Como respuesta a ello, las comunidades locales se están armando para la auto-defensa y en el horizonte asoma una nueva fase de violencia. Todo esto hace que el estado final deseado no se halle al alcance de la vista y, dada la enorme relevancia del Sahel para la sensación de seguridad y protección de Europa, tampoco lo esté el final de la intervención francoeuropea.

³⁸ Esta perspectiva no se desprende, sin embargo, de la debacle de Afganistán. Un informe de la Asamblea Nacional sobre el fin de la Operación Barkhane ya lo había detallado en abril de 2021 tras reunir información hace tiempo conocida.